

Martha Alicia Chávez

BESTSELLER INTERNACIONAL



tu hijo,
tu espejo

Tu hijo, tu espejo

MARTHA ALICIA CHÁVEZ



Vintage Español
Una división de Random House, Inc.
Nueva York

Cubierta

Introducción

1. Las defensas
2. Tu hijo, tu espejo
3. Yo no pude hacerlo, hazlo tú por mí
4. Cuando ser padre agobia
5. El rechazo y sus máscaras
6. Cambia tú lo que yo no puedo cambiar
7. Las etapas no resueltas
8. La historia sin fin
9. Su nombre es envidia
10. La pesada carga del hijo parental
11. El compromiso sagrado
12. Ámalos y haz lo que quieras

Conclusión

Mensaje final

Agradecimientos

Créditos

Acerca de la autora

Notas

*A mis amados hijos Marcia y Francisca
mis espejos
mis maestros.*

Queridos lectores

Tu hijo, tu espejo cumple seis años de haber sido publicado. Desde el principio ha sido un gran éxito editorial y una fuente de aprendizaje y saludables cambios para cientos de miles de padres de familia que han estado en contacto con él a través de su lectura, o de las múltiples conferencias y cursos que sobre él he impartido. Numerosos correos electrónicos y comentarios personales me ofrecen hermosa retroalimentación acerca de lo útil que ha sido éste, mi querido libro. Pero lo que más llena mi alma de satisfacción y gratitud es cuando leo o escucho: “Que Dios la bendiga”. “Que Dios la siga iluminando”. “Dios la bendiga a usted y a sus hijos”. “Todos los días rezo por usted”... Sin duda alguna es por todas estas bendiciones que mi vida es tan maravillosa.

Así nació *Tu hijo, tu espejo*: una madrugada, en enero de 2000, tuve un hermoso y vívido sueño. Estaba sentada en una gran terraza frente al mar escribiendo un libro, a mi lado derecho se encontraba un Ser de Luz. Desperté súbitamente con una fuerte sensación de júbilo. Con total convicción me dije a mí misma: “Me voy a ir a la playa a escribir un libro”.

A la mañana siguiente compré mi *laptop* y empecé a hacer preparativos para irme a inicios de mayo. Mis hijos, que entonces tenían 23 y 21 años, estaban a punto de irse de casa por unos meses, a viajar. Yo me quedaría sin hijos durante ese tiempo, estaba muy cansada y me urgía un receso en mi práctica profesional. Parecía ser el momento perfecto para irme.

Comencé a pensar acerca del lugar que elegiría para vivir durante esos meses. No tenía duda de que quería un lugar tranquilo y pequeño, pero junto al mar, que tanto amo. Dos personas me platicaron acerca de Barra de Navidad, que yo no conocía; y mientras lo describían se me erizaba la piel, se me ensanchaba el corazón y mis ojos se humedecían de gozo. Me quedó muy claro que era ahí donde debía ir.

Llegó el 12 de mayo y partí de Guadalajara con mi ropa, mis libros, y por supuesto, mi *laptop*. Al llegar a ese pequeño y hermoso pueblo, supe de inmediato que ahí era donde deseaba estar ese verano. Los días siguientes me dediqué a buscar el lugar donde viviría. Quería estar junto al mar para verlo y oírlo todo el día y la noche... ¡y lo encontré!: una hermosa casa frente al mar, con una gran terraza como la que soñé y una administradora que fue enviada del cielo para hacer realidad mi sueño, porque cuando supo por qué estaba yo ahí, decidió rentarme esa casa que costaba 800 dólares por semana —cual la hacía inalcanzable para mi— en sólo ¡\$4,000.00 pesos al mes! Al parecer, la vida se organizó de manera perfecta, para que yo pudiera, literalmente, realizar ese sueño.

Y así empezó a tomar forma *Tu hijo, tu espejo*, en esa terraza frente al mar, inspirada por lo

muchos colores que toma el océano vasto y misterioso, el aire fresco en mi rostro, el sonido de las olas y por supuesto, por los Seres de Luz que me guiaron.

El 31 de agosto de 2000, regresé a Guadalajara con el alma y el cuerpo plenos y satisfechos, con *Tu hijo, tu espejo* guardado en 3 diskets y un poco más sabia y fuerte.

Luego de registrar mi libro en derechos de autor, comencé el proceso de “tocar puertas” en las editoriales para que fuera publicado. Un proceso largo, y con muchos sentimientos mezclados en el camino. Fue también toda una experiencia. Después de más de un año y una serie de “Diosidencias” (como les llamaría Anthony de Mello), fue aceptado por Grijalbo, la editorial que más me interesaba... Y el resto de la historia ya se conoce.

Salió a la venta en marzo de 2002. El 12 de abril, el día que cumplí 44 años, se llevó a cabo la presentación, a la que asistieron más de 1 200 personas. Un evento lleno de alegría y afecto. Una hermosa acogida para *Tu hijo, tu espejo*, uno de los días más felices de mi vida.

Tu hijo, tu espejo abrió mi fascinación por escribir y después de él he publicado: *Todo pasa... y eso también pasará*, *Te voy a contar una historia*, *En honor a la verdad* y el más reciente: *Hijos tiranos débiles dependientes*.

Por abrirme las puertas de su hogar, por su cariño hacia *Tu hijo, tu espejo*... a todos mis lectores ¡infinitas gracias!... ¡De todo corazón!

MARTHA ALICIA CHÁVEZ

Introducción

En mi ciudad natal vivían una mujer y su hija que caminaban dormidas.

Una noche, mientras el silencio envolvía al mundo, la mujer y su hija caminaron dormidas hasta que se reunieron en el jardín envuelto en un velo de niebla.

Y la madre habló primero:

—¡Al fin! ¡Al fin puedo decírtelo, mi enemiga! ¡A ti que destrozaste mi juventud y que has vivido edificando tu vida en las ruinas de la mía! ¡Tengo deseos de matarte!

Luego la hija habló en estos términos:

—¡Oh, mujer odiosa, egoísta y vieja! ¡Te interpones entre mi libérrimo ego y yo! ¡Quisieras que mi vida fuera un eco de tu propia vida marchita! ¡Desearía que estuvieras muerta!

En aquel momento cantó el gallo y ambas mujeres despertaron. La madre dijo amablemente: —¿Eres tú, tesoro?

Y la hija respondió con la misma amabilidad: —Sí, soy yo, querida mía.*

Recuerdo todavía el impacto que causó este relato en mí cuando en la adolescencia lo leí. ¿Sería posible? Me pregunté: «¿Podían existir sentimientos como éstos entre una madre y una hija o entre un padre y un hijo?». Pero dentro de mi asombro sabía que ese relato mostraba en su más dramática expresión una realidad que de una forma visceral yo intuía.

Luego me convertí en madre y después en psicoterapeuta, y en estos diez años en que he estado acompañado a tantas madres y padres en un tramo de su andar por la vida he constatado muchas veces que hay una «parte oculta» en la relación padreshijos, conformada por una variedad de facetas de la vida de los padres, proyectadas de manera inconsciente en la vida de sus hijos, proyecciones que desconocen y se niegan, porque descubrirlas a veces asusta y casi siempre avergüenza.

¿Qué objeto tendría entonces adentrarnos en este laberinto? ¿Para qué leer este libro y correr el riesgo de sentir culpa, dolor o vergüenza? La respuesta es simple: de todas maneras sentimos esto en muchos momentos de la relación con nuestros hijos, sobre todo después de esas explosiones donde surgen los sentimientos reprimidos y negados, donde nos agredimos mutuamente y dejamos la marca de esas ofensas que el tiempo casi nunca borra, y que se van acumulando una sobre otra dañándonos profundamente, tanto a nosotros como a nuestros hijos.

¿No es mejor entonces conocer esa «parte oculta» de nuestra relación? ¿No es mejor saber por qué ese hijo, específicamente él, te saca tan fácilmente de tus casillas, por qué te desagrada tanto, por qué te es tan difícil amarlo, por qué estás empeñado en cambiarlo, por qué lo presionas con tal insistencia?

para que haga o deje de hacer?

Darte cuenta de qué te pasa con tu hijo te abre la puerta a la posibilidad de un cambio profundo en tu relación con él y a veces, mucho más frecuentemente de lo que te imaginas, darse cuenta de cómo se transforma, casi en segundos, estos sentimientos de rechazo, rencor y culpa, que pueden resultar devastadores. Muchas veces he sido testigo del profundo cambio de percepción y sentimientos de los padres respecto a sus hijos con el solo hecho de descubrir y reconocer esa «parte oculta». Mientras no la reconocemos, difícilmente podremos solucionar los problemas de forma real, profunda y permanente, ya que aun cuando llevemos a cabo cambios de comportamiento, de relación o de comunicación, la sombra de esa «parte oculta» seguirá contaminando y eclipsando cualquier intento de solución.

Vivimos en un mundo con muchos problemas y en el fondo de ellos hay una enorme carencia de amor. Si quieres aportar algo trascendente a la sociedad y al mundo en el que vives, ofréceles hijos amados, inmensamente amados, porque estarás ofreciendo personas honestas, productivas, buenas y felices.

Te invito, pues, a unirte a todos nosotros, padres y madres que, como tú, estamos dispuestos a descubrir esa «parte oculta» de la relación con nuestros hijos, a correr el riesgo de incomodarnos por un rato si esto nos lleva a vivir mejor y amarnos más. Exploremos esto juntos y divirtámonos mientras lo hacemos.

Mi deseo es que este trabajo contribuya a cultivar y fortalecer el amor entre padres e hijos. Bienvenido seas a este libro, escrito para padres valientes como tú. Porque para reconocer la verdad es necesario ser valiente, pero vale la pena, pues la recompensa es enorme. Basta ya de mentirnos, de esconder la cabeza bajo el ala cada vez que vislumbramos una realidad desagradable. La verdad es el sosiego, abre puertas; la verdad nos hace libres.

1

Las defensas

Para comprender todo este asunto de la «parte oculta» de la relación padres-hijos necesitamos hablar primero de los mecanismos de defensa. Éstos son medios que utilizamos inconscientemente para hacer frente a las situaciones difíciles, distorsionando, disfrazando o rechazando la realidad y reduciendo así la ansiedad. Existen alrededor de trece mecanismos de defensa, sin embargo, para los objetivos de este libro nos centraremos en tres de ellos: la proyección, la negación y la formación reactiva. De esta última hablaré en el capítulo 5.

Si bien todos, en ciertos momentos, utilizamos algún mecanismo de defensa, esto sucede en mínimo grado en las personas psicológicamente sanas y maduras, ya que tienen un muy buen grado de autoconocimiento y manejo de sus propios procesos. En efecto, mientras más sana es una persona, menos utiliza los mecanismos de defensa y, cuando lo hace, casi siempre es consciente de ello.

Debido a que en este libro revisaremos las diferentes formas de proyección que los padres activamos con nuestros hijos y cómo la negación nos impide reconocerlos, a continuación explicaré qué consisten estos dos mecanismos de defensa que son además muy interesantes.

La proyección es el proceso de atribuir a otros lo que pertenece a uno mismo, de tal forma que aquello que percibimos en los demás es en realidad una proyección de algo que nos pertenece; puede ser un sentimiento, una carencia, una necesidad o un rasgo de nuestra personalidad. Si bien la proyección es un mecanismo que puede ser activado ante cualquier persona, en este libro trataremos específicamente la proyección en las relaciones con nuestros hijos.

Pero ¿es posible que exista una relación donde la proyección no ocurra? La respuesta es no. Mientras vivamos en un cuerpo físico en el planeta Tierra estaremos proyectando. Sin embargo, este mecanismo de defensa no está mal en sí mismo, ya que puede ser un eficaz medio de autoconocimiento, pues los demás funcionan como espejos de cuerpo entero que nos permite ver nuestros rasgos funcionales y disfuncionales, algo que sería muy difícil identificar de otro modo. Pero eso se dice que las personas que nos caen mal son una maravillosa fuente de información para detectar lo que no hemos solucionado dentro de nosotros mismos.

Es importante mencionar que la proyección no aparece únicamente en un sentido negativo, es decir, no sólo proyectamos en los otros nuestros conflictos de personalidad, sino también nuestras áreas oscuras y bellas, de manera que todo eso que te gusta de otra persona es también una proyección de los aspectos bellos y sanos de ti mismo.

Las personas que critican constantemente, que en todo y en todos encuentran un motivo de quejarse, que perciben siempre el punto negro en el mantel blanco, tienen un gran desprecio por sí mismos, una sombra* tan grande que constantemente la proyectan a su alrededor. Asimismo, quienes ven belleza, bondad y luz en otros están proyectando su propia belleza, bondad y luz.

Otro mecanismo de defensa del que es indispensable hablar es el de la negación. Ésta se refiere a la no aceptación de una realidad que puede ser externa, por ejemplo algo que está sucediendo en la vida de las personas, o interna, como una necesidad, un sentimiento, un deseo o un rasgo de personalidad que resultan amenazantes y difíciles de reconocer.

Lo primero que necesitas hacer, si quieres cambiar algo, es salir de la negación, ya que es imposible manejar lo que no aceptas ni reconoces. ¿Cómo buscas soluciones a un problema si te aferras a la idea de que dicho problema no existe?

Salir de la negación y reconocer que hay algo que no funciona, que necesita ser cambiado, e incluso reconocer que a veces no puedes solo y que necesitas ayuda, es el primer gran paso, sin el cual no son posibles la curación y el cambio. Después de este paso, por cierto quizá el más difícil, todo lo demás viene casi por añadidura.

Pero ¿por qué es tan difícil reconocer nuestros sentimientos mal llamados «negativos» (los sentimientos no son negativos o positivos, simplemente son), como la envidia, el resentimiento, la ira o el miedo? ¿Por qué es tan difícil aceptar que tenemos un problema, que no sabemos cómo resolverlo y que tal vez estemos equivocándonos? Porque casi todos nosotros crecimos dentro de sistemas familiares, escolares y sociales en los que aprendimos que cometer un error es vergonzoso, así como tener un problema y no saber cómo hacerle frente o necesitar ayuda; todo esto lo vemos como signo de ignorancia, debilidad y por lo tanto preferimos ocultarlo para no sentirnos tontos, débiles o ignorantes. Estos sentimientos «negativos», que todos tenemos, son tan mal vistos socialmente, que aprendemos a reprimirlos, negarlos o distorsionarlos para ser aceptados por quienes nos rodean.

Entonces, poco a poco nos convertimos en expertos en negación y vamos por la vida, a veces durante años, mintiéndonos a nosotros mismos, porque la negación es eso, una gran mentira que apuntalamos y sostenemos a costa de lo que sea para no enfrentarnos a una realidad que nos resulta sumamente amenazante.

Otras importantes razones para mantener la negación son el miedo o la comodidad, ya que reconoces que hay un problema debes hacer algo al respecto. Aunque parezca increíble, muchas personas continúan en negación aún después de ver evidencias clarísimas del problema. Por ejemplo ven a su hijo consumir drogas o a su cónyuge tener una relación extramarital, o bien que su hija es víctima del abuso sexual de un familiar: reconocer esto implica tomar decisiones muy drásticas; un divorcio tal vez, una ruptura en las relaciones familiares, una confrontación o, en pocas palabras, entrar en un proceso difícil para el que no siempre se está preparado.

Recuerdo casos drásticos a propósito de la negación, como el de una madre que, teniendo frente

ella a su hijo visiblemente drogado y alcoholizado, repetía sin cesar: «No está pasando nada, todo es bien». O aquel joven adolescente que presentaba comportamientos verdaderamente alarmantes, como robar en las casas de los vecinos, hurtar motocicletas y artículos en las tiendas; al serle expuesto el caso, su padre argumentaba: «Son cosas propias de la adolescencia». Y la madre de una niña de 5 años que era víctima de abuso sexual por parte de su padrastro; aun cuando la niña había informado sobre esto repetidas veces a su madre, ella le respondía: «No puede ser, seguramente estás equivocada».

Así es la negación; no es que estas personas estuvieran intencionalmente evadiendo la realidad, sino que en verdad no son capaces de verla. Porque reconocerla implicaría tocar cargas enormes de miedo, de culpa, de impotencia y tener que tomar decisiones drásticas y difíciles al respecto.

En ocasiones lo que negamos no son realidades que están sucediendo, sino sentimientos o necesidades a los que por cualquier razón no podemos hacer frente. Decimos entonces cosas como «Claro que no me molesta», «No me duele», «No me importa», etcétera.

Otra razón por la que nos aferramos tan fuertemente a la negación es que creemos que no ver un problema o un sentimiento significa que éste se va, desaparece. Frecuentemente escucho a personas aconsejar a alguien que está pasando por alguna situación difícil: «No pienses más en eso», o «No hables de eso». Pero las cosas no funcionan así: volver la cara, no querer reconocer un sentimiento, un problema, una realidad, no significa que desaparezca, al contrario crecerá y echará raíces y se ramificará, hasta que sea tan grande que resulte imposible no verlo. Entonces, sólo hasta entonces, una solución o el cambio se harán inminentes, aunque tal vez serán más complicados y difíciles. Existen problemas que empezaron como pequeñas y débiles ramitas y de tanto negarlos, de tanto no querer verlos, terminaron convirtiéndose en gigantescos árboles.

Así pues, para seguir sosteniéndonos en la negación, hacemos cosas como justificar, evadir o descalificar la fuente que nos está informando sobre esa realidad que no queremos ver; esa fuente puede ser una persona cercana, un libro, un conferenciante, un terapeuta, un médico, a quien descalificamos diciendo: «No sirve», «No es bueno», «Está loco», «Es un mentiroso», etcétera.

Y para finalizar este capítulo quiero pedirte algo: cuando te veas reflejado en alguna de las situaciones expuestas en este libro, no te recrimines, ni avergüences, pues no eres un monstruo por ello, eres tan sólo un ser humano como yo o cualquiera. Estás haciendo lo mejor que puedes, intentando ser un buen padre, de la mejor manera que conoces, porque detrás de cualquier cosa que haces y dices estás genuinamente buscando la felicidad y el amor, aunque, paradójicamente, lo que haces y dices con frecuencia te aleja de estas metas.

Posiblemente te veas reflejado no sólo en tu rol de padre, sino en tu rol de hijo dentro de tu familia de origen, algo que resultará verdaderamente útil e interesante para comprender mejor tu propia historia.

Después de haber revisado las facetas de la proyección y de la negación que manejamos con nuestros hijos, te presento en el último capítulo algunas herramientas útiles para que encuentres tu

propias soluciones. Siempre he pensado que no tiene sentido darnos cuenta de algo si no encontramos los «cómos» que nos ayuden a resolverlo.

2

Tu hijo, tu espejo

He explicado en el capítulo anterior el asunto de la proyección porque es precisamente lo que de una forma inconsciente hacemos con nuestros hijos de cualquier edad: proyectar. ¿Proyectar qué? Tus propias expectativas de la vida, tus frustraciones, tus etapas de la infancia o adolescencia donde dejaste conflictos sin resolver, tus «hubiera», tus necesidades insatisfechas y también tus áreas de luz.

Tal vez al leer esto tu primera reacción sea: «Por supuesto que no, yo no hago eso con mis hijos» pero permíteme recordarte que simplemente no eres consciente de ello. No es que un día te hayas sentado a planear todas estas cosas, sino más bien son cosas no conscientes, es decir, que están manejadas por esa parte de la psique llamada inconsciente, que está compuesta por impulsos inaceptables, deseos, experiencias y recuerdos que no pueden ser integrados por el yo. El inconsciente aunque no se experimenta directamente, ejerce efectos profundos y significativos en tu vida.

La función del inconsciente es protegernos, resguardar todo aquello a lo que nos es difícil y doloroso hacer frente. Pero también puede ayudarnos a cerrar nuestros asuntos inconclusos echando mano de las herramientas personales de que disponemos y nos puede proporcionar todo el potencial necesario para la curación y el cambio, porque el inconsciente no sólo es el depósito del material amenazante, sino además es el cofre de tesoros no descubierto, donde se encuentran tus recursos, tus aprendizajes, tus «cómos».

Así pues, esto que estoy llamando la «parte oculta» de la relación con nuestros hijos se produce de manera inconsciente y no como resultado de una decisión intencional y consciente por parte de los padres.

En mis cursos y conferencias comento que en toda familia conformada por dos o más hijos, siempre hay un hijo al que llamo «oasis» y un hijo al que llamo «maestro». El oasis es ese hijo o hija que casi se autoforma y se autoeduca, a veces parece que ya nació formado y educado. ¡Es tan fácil ser padre de ese hijo!, es responsable, no da problemas y la relación con él o ella fluye fácilmente.

El hijo «maestro», en cambio, nos lleva de cabeza, es el que nos hace madurar, aprender y crecer, que nos hace leer libros, ir a terapia, cursos y conferencias para encontrar la forma de lidiar con él, nos hace alzar los ojos al cielo en busca de ayuda y con ello nos acerca a nuestra parte espiritual. Nos acerca a un Ser Superior, al que cada cual nombra o concibe a su manera.

Es difícil ser padre de estos hijos «maestros», a veces pensamos que están mal, que hay algo equivocado en ellos, pero créeme, no es así. Yo creo profundamente que nuestras almas —las de los

padres y las de los hijos— se atraieron mutuamente para crecer juntos; dicho de otro modo, nosotros elegimos a nuestros hijos y ellos nos eligieron a nosotros. Si te suena descabellado, revisa con todo detenimiento lo que ese hijo «maestro» te ha «obligado» a aprender y buscar; las búsquedas siempre conducen a algo bueno. Con los hijos difíciles tenemos la mejor oportunidad de aprender, entre muchas otras cosas, el amor incondicional.

No significa que los demás hijos no nos ayuden a aprender y a crecer, ellos lo hacen de diferentes maneras, por otros caminos; tampoco significa necesariamente que el hijo «oasis» será el más sano, exitoso y feliz, y que el hijo «maestro» será el enfermo, fracasado e inadaptado; te sorprenderá saber que, con frecuencia, el hijo difícil es el más sano de la familia.

Hay muchos factores que debemos tener en cuenta para emitir un pronóstico respecto a salud o enfermedad, o éxito y fracaso en la vida, incluso tendríamos que definir primero a qué estamos llamando éxito, fracaso, salud y enfermedad. Nos limitaremos entonces a decir que lo que pasa en la infancia o adolescencia de un hijo no necesariamente determina lo que será su vida adulta.

Comencemos ahora a explorar paso a paso cada una de esas proyecciones inconscientes que en alguna medida los padres hacemos con nuestros hijos, para que, después de darnos cuenta, podamos encontrar juntos nuevas formas de relación.

Yo no pude hacerlo, hazlo tú por mí

Vuestros hijos no son vuestros. Son los hijos y las hijas del anhelo de la Vida por perpetuarse. Llegan a través de vosotros, pero no son realmente vuestros. Y aunque están con vosotros, no os pertenecen.

Podréis darles vuestro amor, pero no vuestros pensamientos, porque tienen sus propios pensamientos. Podréis albergar sus cuerpos, pero no sus almas, porque sus almas moran en la casa de mañana, que no podéis visitar, ni siquiera en sueños.

Podréis, con mucho, pareceros a ellos, mas no tratéis de hacerlos semejantes a vosotros.

Porque la vida no retrocede, ni se estanca en el ayer. Sois los arcos para que vuestros hijos, flechas vivientes, se lancen al espacio.

El arquero ve la marca en lo infinito y Él es quien os doblaga, con su poder, para que sus flechas partan veloces a la lejanía. Que el doblagamiento en manos del arquero sea vuestra alegría, porque aquel que ama a la flecha que vuela, también ama al arco que no viaja.*

Laura,** de 13 años, llegó una tarde a consulta llevada por sus padres Alfonso y Lucía. La chica estaba volviendo muy difícil, decía Alfonso, lloraba y se quejaba a todas horas y de todo; ambos discutían frecuentemente y ella que solía ser cariñosa con él, ahora se mostraba hostil y agresiva. Laura, por su parte, señalaba exactamente lo mismo respecto al padre y agregaba: «Me trata como un trapo».

La madre casi ausente, periférica, aislada, decía estar cansada de oírlos discutir todo el día y no tenía ya ánimos ni siquiera de opinar.

Cuando dos personas se relacionan como Laura y su padre lo hacían, no hay duda de que ambos están muy dolidos y que detrás de sus agresiones se oculta la necesidad de amor y atención mutua. Sin embargo, ninguno era consciente de ello. Sentirse tan heridos y enfadados les impedía ser capaces de descubrir cuándo se rompió algo en su relación, que solía ser afectuosa. Si bien es cierto que estos cambios ocurren en la pubertad y la adolescencia, en este caso el drástico giro hacia la hostilidad y agresión entre Laura y Alfonso iba más allá del cambio «normal» que un adolescente experimenta en la forma de relacionarse con sus padres.

Era obvio que, por alguna razón, el padre estaba profundamente resentido con su hija y él había iniciado el cambio en la dirección de su relación, ante lo que ella solamente había reaccionado.

Cité a padre e hija en la siguiente sesión y empecé a explorar esos resentimientos del padre hacia ella que, dicho sea de paso, mantenía bien reprimidos y negados. Los padres hacemos esto: negar lo

resentimientos hacia nuestros hijos porque nos parece imperdonable tenerlos.

Le expliqué a Alfonso que es normal que a veces los padres estemos resentidos con un hijo y que esto no significa que no lo amemos o que seamos malos padres. Le comenté que es indispensable reconocer esos sentimientos para poder curarlos y dar paso al amor; sólo entonces él empezó a abrirse un poco a poco, hasta que en un momento dado, con lágrimas en los ojos y la voz entrecortada, le dijo a su hija:

—Laura, estoy muy resentido contigo: no te imaginas cómo me ha dolido tu indiferencia con el piano. Tú no sabes todo lo que tuve que hacer para poder comprarlo. Vendí mi reloj preferido, pedí prestado, usé mis ahorros para comprarte ese estupendo piano, busqué al mejor maestro de la ciudad para que me enseñara a tocar, mira para qué, tú cancelas las clases, jamás practicas y el piano se pasa semanas sin que ni siquiera lo toques.

Laura estaba conmovida, yo también; era conmovedor ver a ese hombre enorme llorando y hablando como un niño dolido. Laura empezó a justificarse y a dar una larga lista de excusas por lo que no usaba el piano y cancelaba sus clases, hasta que la detuve y le pedí:

—Laura, di la verdadera razón por la que lo haces, di a tu padre qué sientes respecto al piano y a tu interés en que aprendas a tocarlo.

Ella, por su parte, estalló también en sollozos y le dijo:

—Yo nunca te pedí un piano, tú dijiste que lo ibas a comprar porque era un hermoso instrumento que te encantaría que yo lo tocara. A mí no me gusta, y te lo dije entonces. Simplemente no me interesa cuando paso junto a él se me hace un nudo en el estómago y no quiero ni verlo, porque me siento tan presionada por ti, tan culpable porque sé el enorme esfuerzo que hiciste para comprarlo, pero yo nunca te lo pedí, no puedo tocarlo, no quiero tocarlo.

Todavía en estos momentos, Alfonso seguía percibiendo a su hija como desagradecida y desconsiderada y tonta porque no apreciaba algo tan maravilloso como era tocar el piano. Fue necesario trabajar en un proceso individual con él para que comprendiera lo que le estaba pasando a un nivel muy profundo e inconsciente con el asunto del piano.

Alfonso fue un niño pobre, que durante muchos años deseó tener un piano y aprender a tocarlo, pero esto nunca sucedió. Ahora como adulto, al comprar el piano para Laura y contratarle al mejor maestro, inconscientemente trataba de llenar ese espacio que quedó vacío en su vida, o mejor dicho, quiso que Laura lo llenara por él.

Con frecuencia, los padres creemos que somos demasiado viejos para intentar algo, o que no es correcto gastar tanto dinero en nosotros mismos; entonces, sin ser conscientes de que ésa es la razón, mostramos un fuerte interés para que nuestros hijos hagan o aprendan ciertas cosas. Así, simbólicamente, llenamos a través de ellos ese espacio vacío en nuestras vidas.

Las respuestas de Alfonso cuando le cuestioné por qué no se daba la oportunidad de estudiar piano ahora que ya era un adulto, ahora que ya no necesitaba que nadie se la proporcionara —ésta es, p

cierto, una de las hermosas ventajas de ser adulto— hacían hincapié en que compró el piano para su hija porque hacerlo para sí mismo habría sido un desperdicio, un gasto superfluo, innecesario e imperdonable ante los ojos de él y de su esposa. Sólo pudo decidirse a pagar esas clases para él cuando reencuadramos el asunto imaginando que lo hacía para su niño interior, para el niño que un día fue él mismo y que todavía tenía tantas ganas de tocar el piano.

Al comunicarse Alfonso y Laura respecto a esto, al comprender lo que uno y el otro estaban sintiendo, la relación entre ellos mejoró notablemente y aprendieron la importancia de hablar de lo que se siente.

Felipe, un profesional muy exitoso de 45 años, se enfrentaba al hecho de que Mario, su inteligente y brillante hijo de 18 años, debía elegir la universidad donde estudiaría su carrera; ambos sentían una predilección por la más prestigiosa universidad del país. En ella Mario hizo un excelente examen de admisión y fue aceptado de inmediato; el padre se sentía sumamente satisfecho y orgulloso de su hijo.

En el proceso de inscripción y al conocer más a fondo el funcionamiento y los sistemas de enseñanza de la universidad, Mario cambió de opinión; tenía la sensación de que esa institución coartaba la personalidad del individuo y lo reducía a simple estudiante, de que con los altísimos niveles académicos que la universidad exigía no podría hacer nada más que estudiar («¡como si estudiar fuera lo único importante en la vida!», afirmaba). Él quería seguir escalando los fines de la semana y tener tiempo para sus amigos, y comentó sus observaciones con Felipe, su padre, quien reaccionó con total desacuerdo.

Con el paso de los días las discusiones entre ambos seguían y el desacuerdo era cada vez mayor. El padre estaba sumamente enfadado, cada vez más, hasta tal punto que uno de esos días lanzó a Mario una tajante amenaza: si no estudiaba en esa universidad no le volvería a dirigir la palabra, y aunque pagaría su carrera en otra institución, no lo apoyaría en nada más «por el resto de su vida».

Es comprensible y normal que un padre se interese en que su hijo estudie en la mejor universidad y que intente convencerlo de lo que él, desde su experiencia, considera lo mejor. Pero cuando esa insistencia es de tal magnitud y ese interés se antepone a todo, incluso al amor y a la relación con el hijo, tiene que haber algo más; algo muy personal e inconsciente que roe las entrañas del progenitor y lo proyecta en esa situación.

Y así ocurría. Cuando Felipe era joven le costó muchísimo esfuerzo que lo aceptaran en esa misma universidad; el conseguirlo significó un gran logro para él y un orgullo para su padre, hombre por demás frío y exigente. No obstante, al tercer semestre fue expulsado por no cumplir con los requerimientos académicos, o dicho en palabras de él mismo: «No estaba a la altura». Dicha expulsión supuso una gran vergüenza para él y una gran desilusión para su padre, que se lo reprochó durante años.

Ahora, a través de su inteligente y brillante hijo, Felipe buscaba simbólica e inconscientemente resarcirse de esa frustración, reivindicarse a sí mismo ante esa universidad y de paso ante su propio

padre.

De nuevo vemos aquí ese mensaje directo y tajante que el padre envía, un mensaje del que él mismo no es consciente, que no se dice con palabras, pero que es comprendido claramente por el inconsciente del hijo: «YO NO PUDE HACERLO, HAZLO TÚ POR MÍ».

Estos dos casos plantean situaciones donde los hijos han sido fuertes para resistirse a la presión del padre, y aunque pudiéramos pensar que eso está mal, en realidad muestra una gran fortaleza interior y determinación de estos jóvenes para defender a capa y espada lo que quieren. Desafortunadamente hay casos como el siguiente, donde el hijo termina renunciando a sí mismo, convirtiéndose en lo que no quiere ser, para ser esa extensión de su madre o padre frustrados.

Ernesto tiene 28 años, sufre depresiones, atraviesa por una evidente crisis existencial y no encuentra sentido a su vida. Es sumamente sensible y le encanta leer libros profundos, filosofía, pintar, escribir; posee toda la personalidad del artista y filósofo, pero es administrador de empresas con un posgrado en finanzas y está a punto de inscribirse en un máster en desarrollo organizacional.

—¿Te gusta lo que haces? —le pregunto.

—Pues... sí..., por aquí está el futuro más prometedor —me contesta, con un tono de voz y un lenguaje corporal que no me permiten creerle. Me siento impulsada a preguntarle de quién son esas palabras, porque está claro que suyas no son. Al hacerlo sólo se encoge de hombros y sonríe como su única respuesta.

El padre de Ernesto, un hombre sumamente rígido y amargado, tuvo una boyante empresa familiar heredada de varias generaciones anteriores y que se fue a la quiebra, según dicen, por su mala administración.

—Debí estudiar cosas relacionadas con la administración de empresas como mi hijo —comenta el padre con evidentes signos de culpa, frustración y amargura por ese fracaso que todavía no se perdona y que muchos no le perdonan tampoco. Venciendo obstáculos de toda índole, logró levantar otra pequeña empresa que es la que ahora su hijo Ernesto, «que sí sabe de eso», administra.

Lamentablemente, Ernesto compró la idea, se identificó, sin darse cuenta, con esa parte de la historia de su padre y creyó que eran sus decisiones, que estaba haciendo con su vida lo que él había elegido. Aunque en cierta medida se daba cuenta de todo esto, no se atrevió nunca a contradecir a su padre o a «fallarle», como él decía, estudiando filosofía, arte o cualquiera de esas cosas que tanto le gustan, pero que «No sirven para nada» según palabras de su padre.

Ernesto estaba cargando con decisiones en parte impuestas por su padre —y un tanto impuestas por sí mismo— que lo hacían sentirse responsable de rehacer la historia de su progenitor y evitar que eso llevara de nuevo a pique la empresa que iba floreciendo.

El hecho de que un hijo ayude en la empresa o en el negocio familiar o que continúe haciéndolo a cargo de él no está mal en sí mismo; el problema se presenta cuando su vocación, su personalidad o sus intereses difieren de esa actividad. Es entonces cuando la renuncia del hijo a ser él mismo

realizar su propia vocación se cobra un precio muy alto.

La insatisfacción con la propia vida, la represión y la frustración de los más profundos deseos y aspiraciones son algunos de los más importantes factores que conducen a la infelicidad y a la enfermedad emocional.

Con frecuencia me encuentro con que la problemática de la elección de carrera en los jóvenes afecta profundamente a los padres, a los hijos y la relación entre ambos. No hay duda de que la presión que muchos padres ejercen sobre los hijos para que estudien o no estudien una determinada carrera es movida por un interés de bienestar y amor para ellos, pero no perdamos de vista que el éxito profesional no lo brinda la carrera, ni siquiera, de manera determinante, la universidad en que estudie, sino más bien la persona. No hay carreras de éxito, hay personas exitosas.

Todos venimos a la vida a hacer algo —a eso lo llamamos vocación o misión—, nacemos con habilidades y talentos para ello, desde niños sabemos cuáles son, es más, jugamos a eso. Sin embargo los miedos, los prejuicios y las opiniones de los adultos que nos rodean comienzan poco a poco a influenciarnos y a poner en duda esa claridad respecto a nuestra vocación, de modo que cuando llegamos a la adolescencia nos convertimos en uno de esos jóvenes que han olvidado lo que quieren hacer en la vida y para qué son buenos.

Pero una cosa es cierta: cuando alguien hace algo congruente con su vocación, se le facilita esa actividad, la ama, la disfruta, la desempeña bien y por lo tanto el éxito vendrá por añadidura. Estos factores no se inyectan desde afuera con una carrera o una universidad, se llevan dentro.

He escuchado la preocupación de muchos padres de que si su hijo estudia determinada carrera va a fracasar y no va a obtener el dinero suficiente para mantener a una familia. Usan esa típica expresión de «Con eso te vas a morir de hambre». Te diré algo: es mucho más probable que fracasen, no puedan mantener a una familia y «Se mueran de hambre» si estudian una carrera que no les gusta y que no es congruente con lo que ellos son. No así si estudian lo que a ellos les atrae, les llena el alma y les inspira un profundo interés. Aceptémoslo de una vez: la carrera en sí misma no tiene el poder de dar éxito; el éxito es una conjunción de muchos factores que tienen que ver con la persona misma en ese punto.

Es comprensible, aceptable y válido que algunos padres oscilen entre presionar al hijo para que se dedique a determinada carrera y luego pueden darse cuenta de que están ejerciendo demasiada presión y echarse atrás, para después volver a presionar y así sucesivamente. Pero algo que me indigna sobremanera son aquellos padres que retiran el apoyo, el amor y la aceptación a un hijo sólo porque se rehúsa a estudiar o a dedicarse a lo que ellos desean.

Otro caso que muestra claramente este asunto de YO NO PUDE HACERLO, HAZLO TÚ POR MÍ es el de una madre que deseaba con toda su alma ser una famosa bailarina y las circunstancias, o su limitada habilidad, no lo permitieron. Ella ha forzado a veces directa y a veces sutilmente durante doce años a su hija Katia, ahora de 17 años, a que fuera bailarina, llevándola cuatro tardes por semana a clases de

ballet, con frecuencia incluso los fines de semana. Ha utilizado el chantaje sentimental y todo tipo de manipulaciones cada vez que la hija ha insinuado que ya no quiere ir.

Katia llora ante mí diciendo: «Se me fue la infancia encerrada en una academia de baile», recordar cuando sus amigas de la escuela se ponían de acuerdo para salir por la tarde o el fin de semana y a ella le decían: «Tú no puedes, ¿verdad?», y efectivamente no podía, tenía que ensayar, tenía que ser la bailarina perfecta que su mamá hubiera querido ser; tenía que ser la joya que su mamá decía que parecía cuando bailaba.

En ese momento de su vida Katia empezaba a desarrollar bulimia,^{*} ese grave trastorno alimentario que si bien responde a una gran cantidad de factores que lo causan y perpetúan, en este caso específicamente cumplía además la función de agredir a la madre y evitar seguir haciendo algo que no quería. Como si la chica hubiera tenido que crear una enfermedad suficientemente fuerte que dijera ¡YA NO!, pues ella no podía hacerlo por sí misma, y suficientemente poderosa como para detener la tremenda presión de los chantajes que la madre ejercía para que continuara bailando; como si su trastorno fuera la única parte de sí misma que sólo ella controlaba.

Huelga decir que siendo la madre de Katia una frustrada bailarina de ballet que se quedó con las ganas de brillar, intentaba inconscientemente curar su frustración y fracaso a través de su hija, a costa de lo que fuera.

He presentado casos en los que se muestra esta dinámica en su más cruda expresión, pero no siempre es así de claro, a veces es muy sutil: los padres mandan mensajes casi subliminales, casi imperceptibles que van conduciendo al hijo a cumplir sin darse cuenta ese decreto de YO NO PUEDO HACERLO, HAZLO TÚ POR MÍ.

Existe una gran diferencia entre guiar y aconsejar a un hijo en algo —es obvio que por su experiencia el padre sabe más—, y forzarlo, presionarlo o condicionarlo para que tome el camino que el padre supone que es el mejor.

Cuando te encuentres a ti mismo insistiendo demasiado, presionando mucho, o muy enfadado porque tu hijo no accede a hacer algo que tú quieres que haga, vuelve la mirada hacia ti mismo y revisa cuál es esa parte de tu propia historia que estás tratando de resolver a través de él.

Es tan fuerte a veces este mensaje, que aun cuando los padres, o uno de ellos ha muerto, el hijo puede seguir sometido a este decreto, realizando actividades que en realidad no desea, convirtiéndose en una extensión del padre muerto, quien ya no puede satisfacer sus aspiraciones.

Algunas veces esto se cumple más allá de decisiones como la vocación o los pasatiempos, es decir que se extiende no sólo al hacer, sino también al ser; ser como el padre o madre hubiera querido ser, hasta contraer matrimonio con el tipo de persona con la que el padre o la madre hubiera querido casarse.

El meollo de este asunto es así de claro: a pesar de ser el padre o la madre, no tienes derecho a exigir, ni siquiera a esperar que tus hijos sean una extensión de ti mismo, que ellos pongan fin a tu

asuntos inconclusos y curen tu frustración y amargura.

Curar la propia historia le corresponde a cada cual y siempre hay formas de hacerlo. Casi siempre podrás llevar a cabo esas cosas que te quedaste con ganas de hacer (como Alfredo y el piano) y cuando ya tu realidad no te lo permita (como en el caso de la madre de Katia y el ballet), te queda la posibilidad de trabajar en reconciliarte con tu propia vida, amar tu pasado tal como fue, encontrar una manera en el aquí y ahora, de acuerdo con tu realidad, de construir un proyecto de vida que te haga sentir lo más feliz posible.

Esto es real, esto se puede hacer y si para lograrlo requieres de ayuda profesional: ¡adelante! búscala, reconcílate con tu propia historia y deja libres a tus hijos para vivir la suya, desarrollando sus propios talentos y cumpliendo el propósito para el cual están aquí.

Cuando ser padre agobia

«Mis hijos me pesan tanto que algunos días, a escondidas, siento deseos de huir. Si me quedo no es para cumplir con mi deber sino porque sé que una vez que me haya ido no aprovecharé mi libertad, no encontraré esa indiferencia que tanto deseo. Sé, por experiencia, que no descansaría hasta saberlos en paz, responsables de sí mismos, felices si es posible.»*

Valiente mujer al atreverse a escribir algo así y mostrar abiertamente un sentimiento que en algún momento de nuestra vida todos los padres experimentamos.

Decía una amiga, abrumada con su bebé de 9 meses y su hija de 4 años: «Ay, Martha, cómo me gustaría que ya fueran grandes y estuvieran casados». Es cierto que ésta es una anécdota curiosa que puede provocar risa. Sin embargo, cuando la cuento en público no son las risas, sino las múltiples reacciones de asombro y desaprobación hacia esa madre agobiada las que me sorprenden: «¡Ay, qué mala!», «¡Pobres niños!», «¡Qué bárbara!». Si somos honestos, todos algún día hemos deseado que llegue ese momento, añorado por mi amiga, en que nuestra responsabilidad directa como padre termine.

A veces tenemos ganas de que nuestros hijos desaparezcan por un rato para, por supuesto, luego recuperarlos, porque no hay duda de que los amamos, no hay duda de que queremos cumplir con nuestra responsabilidad como padres. Deseamos estar a su lado y compartir nuestra vida con ellos, pero esa otra parte, ese sentimiento secreto que brota en ciertos momentos, es también real.

¡Ah, si los padres habláramos de esto entre nosotros; si nos atreviéramos a expresar ante nuestros amigos esa sensación cuando estamos abrumados! Si nos atreviéramos por lo menos a confesárnoslo nosotros mismos, qué rápido pasaría, ¡qué rápido podríamos sentirnos de nuevo serenos y en paz! ¿por qué no lo hacemos? Porque el solo hecho de reconocerlo nos hace sentir malos, culpables, avergonzados, y además si lo expresamos en público somos criticados y juzgados; ésa es la realidad. Aun cuando cada uno de los padres que escucha una confesión como ésta ha sentido lo mismo alguna o muchas veces, no se atreverá a aliarse al desnaturalizado padre que lo está expresando, por miedo a ese duro juicio que se emitirá sobre él también. Ojalá los padres fuéramos más compasivos los unos con los otros.

En general, los sentimientos de agobio de la madre tienen que ver con sus funciones —descansarlos, cuidarlos, ayudarlos con los deberes, atenderlos, hasta cocinar para ellos, limpiar, lavar, etc.— mientras que para el padre están relacionados con su función de proveedor.

He tenido en mi consultorio una buena cantidad de madres y padres que me expresan su frustración su desilusión y a veces su resentimiento, por que se sienten usados por sus hijos. Las madres sienten tratadas como sirvientas y los padres como proveedores, y afirman que sus hijos lo único que quieren de ellos es que cumplan lo mejor posible esa función.

En una ocasión, un padre me confesó avergonzado que frecuentemente, en secreto, hacía cuentas con todo el dinero que le quedaría disponible para él si no tuviera que pagar escuelas, comida, ropa, etc. para sus hijos. Al mismo tiempo decía: «Me siento culpable de pensar eso, porque tengo la certeza que si quiero hacerlo, en verdad quiero mantenerlos, con todo mi corazón lo deseo, porque los quiero mucho».

Y es cierto, el hecho de que la responsabilidad a ratos nos pese no significa que no deseemos cumplirla; éste es uno de esos aspectos de la vida donde dos cosas que parecen contradictorias coexisten, se tocan, se juntan y ambas son verdaderas.

Pero ¿qué sentido tendría poder hablar de estos sentimientos secretos sin sentirnos juzgados?, ¿para qué reconocerlo ante ti mismo si quizá te produzca culpa y vergüenza? La respuesta es así simple: cuando por mucho tiempo hemos negado y reprimido algún sentimiento, éste va a buscar formas alternas de salir; así son los sentimientos —recuerda que no querer verlos no significa que vayan—, y entonces desarrollamos ciertos rasgos, como una preocupación extrema por el bienestar de los hijos o un importante y limitante miedo a que les pase algo.

Si bien es normal que los padres nos preocupemos en cierta medida por el bienestar de nuestros hijos, no lo es cuando esa preocupación llega a grados en los que, por ejemplo, no les permitimos salir por el miedo a que algo les pase, o no podemos dormir mientras están fuera de casa o vivimos en una constante angustia por todas las cosas terribles que les podrían pasar. Si le ponemos palabras a esa dinámica inconsciente, diríamos: «No vaya a ser que la vida me tome la palabra y me los quite».

Julia era madre de tres adolescentes, su preocupación alcanzaba tales cotas que cuando sus hijos salían de noche, ella entraba en una verdadera crisis de angustia que desaparecía por arte de magia cuando regresaban. Cuando Julia llegó a mi consulta ya empezaba a presentar esa angustia durante el día, ante hechos tan simples como que los chicos asistieran a la escuela; así, necesitaba que ellos llamaran al llegar, o que estuvieran en permanente contacto desde el lugar donde anduvieran para saber que estaban bien. Los hijos, por supuesto, se sentían abrumados por la preocupación de la madre y ella no podía controlarla.

Cuando cuestioné a Julia respecto a cómo estaba sintiéndose en esos momentos de su vida con el papel de madre, ella contestó rápidamente de la forma en que lo hacen todas las «buenas madres»: «Muy bien, los quiero muchísimo, ellos son lo más importante para mí». Al escuchar mi hipótesis de que su gran preocupación se debía a que estaba sintiendo rechazo por ellos o en ese momento de su vida estaba cansada y agobiada por ser madre de tres adolescentes, tarea nada fácil, reaccionó justo como reaccionan las «buenas madres»: «Por supuesto que no, Martha, yo los quiero muchísimo».

¿cómo voy a sentir rechazo hacia ellos?».

Dentro de su proceso terapéutico, llegó el momento en que Julia reconoció sus sentimientos y confesó que, aun con todo su amor por ellos, a veces pensaba que viviría más cómoda y tranquila si hubiera tenido hijos y que veía con cierta envidia a su hermana soltera que viajaba con frecuencia. Cuando pudo reconocer, tocar, trabajar y reconciliarse con la parte de ella que guardaba esos sentimientos secretos y vergonzosos, su extrema preocupación disminuyó de manera sorprendente: podía dormir tranquila cuando sus hijos salían, dejó de necesitar que la llamaran constantemente para saber que estaban bien y la angustia desapareció.

Así de maravillosa es la verdad, así de sorprendente es el cambio de sentimientos y comportamientos que podemos experimentar cuando la reconocemos. «¡La verdad os hará libres!» reconocerla no significa que haya que gritarla a los cuatro vientos para que el mundo se entere; reconocerla significa que la expresas para ti mismo, es una autoconfesión y sólo si lo deseas la puedes compartir con otro ser humano.

Sin embargo, a veces no basta con reconocer estos sentimientos y es necesario un proceso más largo y profundo para resolverlo; en otras ocasiones hay un componente orgánico en esta clase de angustia y es necesario recibir medicación. Lo que sí aseguro es que reconocer tus sentimientos de agobio ante tus hijos, en los momentos en que los sientes, te abre la puerta a la solución. Si lo deseas, trabaja con lo que te propongo en el capítulo 12 para sanar estos miedos.

Ahora soy madre de dos veinteañeros y durante toda su adolescencia, tal como ahora, he intentado ser muy consciente de esos momentos en que me siento especialmente preocupada por ellos. Desde cuanto empiezo a notar esos sentimientos en mí, de inmediato me exploro a mí misma y me doy cuenta de que estoy en una de esas etapas en que me siento abrumada por la responsabilidad de ser madre; lo reconozco sin juzgarme, con compasión y respeto hacia mí misma, me digo cosas como «Te entiendo, no es para menos, estos días has tenido muchas presiones, has estado trabajando mucho y además estás triste por tal cosa o estás pasando un fuerte síndrome premenstrual o simplemente estás de humor».

Algunas veces decido hablarlo con una de mis queridas amigas que me comprende y me escucha sin someterme a juicio. Sea como sea, siempre me sorprende lo rápido que recupero la tranquilidad y la confianza en la vida bondadosa y en la Divinidad que protege a mis hijos dondequiera que van. Es cierto es que los amo y, sin duda, quiero estar con ellos.

sample content of Tu hijo, tu espejo

- [*Professional F# 2.0 book*](#)
- [click Luring a Lady \(The Stanislaskis, Book 2\)](#)
- [The Marbled Swarm pdf, azw \(kindle\)](#)
- [read online Savvy \(Beaumont Family, Book 1\) pdf, azw \(kindle\), epub](#)

- <http://patrickvincitore.com/?ebooks/Professional-F--2-0.pdf>
- <http://thermco.pl/library/Luring-a-Lady--The-Stanislaskis--Book-2-.pdf>
- <http://www.1973vision.com/?library/The-Marbled-Swarm.pdf>
- <http://academialanguagebar.com/?ebooks/Savvy--Beaumont-Family--Book-1-.pdf>